

tensiones que el mariscal de Belle-Isle. En el preámbulo, las partes contratantes acusan á la córte de Viena «de mostrar desvío por el restablecimiento de la tranquilidad en el imperio.» ¿Pero no había sido atacada María Teresa por la más inicua de las coaliciones? ¿No tenía el derecho de defenderse? Acababa de hacer un sacrificio que costaba caro á su orgullo: para separar á Federico II de la liga, le había cedido la Silesia, y el rey de Prusia había prometido una amistad eterna á la reina de Hungría. Es verdad que se negó á reconocer al duque de Baviera como emperador de Alemania. Este fué el pretexto por el que Federico volvió á tomar las armas; vamos á ver si tenía otros motivos.

Federico se comprometió á hacer la conquista de la Bohemia y á volverla á poner en manos del emperador. Naturalmente, Su Majestad imperial manifestó su más profundo reconocimiento por tanta generosidad. Para mostrarse á su vez generosa, cedió al rey de Prusia lo que aún le faltaba de la Silesia austriaca, comprendiendo en ello las tierras enclavadas en la Moravia, más una parte de la Bohemia. El rey de Bohemia no estaba muy seguro, aún despues de haber hecho estas cesiones á su ambicioso vecino, de conservar el resto de su futuro reino; tuvo, por tanto, cuidado de estipular que el desmembramiento de la Bohemia, en el cual consentía ahora, sería el último. El rey de Prusia y el duque de Baviera se repartían un reino que no les pertenecía, y sobre el cual Federico no tenía siquiera ninguna especie de pretension. Para completar esta obra de espoliación, los copartícipes convinieron en que invitarían al rey cristianísimo á acceder al tratado y á garantizarlo. Su Majestad cristianísima no opuso dificultad alguna; declaró que accedía de buen grado al tratado de reparto, y que lo garantizaba lo más solemnemente posible. ¿Preguntaremos con qué derecho consagraba Luis XV aquel bandolerismo? Invocó el tratado de Westfalia, que se había obligado á hacer guardar, y la tranquilidad de Europa (1). Los que no se satisfagan con estas razones pueden atenerse á las del mariscal de Belle-Isle.

La guerra contra María Teresa se llama la guerra de sucesión. Todos los días se hacían nuevos repartos. Cuando las grandes po-

(1) GARDEN, *Historia de los tratados de paz*, t. III, p. 308, 311.

tencias daban el ejemplo, ¿por qué no le habían de seguir los pequeños príncipes? El duque de Saboya, hecho rey de Cerdeña, sentía la necesidad de redondearse, lo mismo que el rey de Prusia. Se había decidido por María Teresa, contando con que era el medio más seguro de alcanzar un trozo de la Lombardia. Los reveses que sufrió le disgustaron de esta alianza. Se volvió al lado de los vencedores. Se celebró un tratado con la Francia en el año mismo en que Federico y el emperador se repartían la Bohemia. El Milanésado, que según el tratado de Fontainebleau estaba destinado á D. Felipe, fué desmembrado; una parte se le dió á la Cerdeña, otra á la república de Génova, otra tercera al duque de Módena; lo que quedaba debía formar el lote del infante de España con el ducado de Parma. Estos nuevos arreglos exigían el consentimiento del rey de España, mejor dicho, el de Isabel. Se envió á Sus Majestades católicas un obispo, que debía hacerles ver la imposibilidad de establecer á D. Felipe como deseaba la córte de Madrid. Era una comisión difícil. La irascible esposa de Felipe V tuvo uno de aquellos accesos de cólera, en los cuales no escaseaba las injurias á su sobrino el rey de Francia. Fué preciso que Luis XV enviase una embajada extraordinaria á Madrid para calmar la cólera de los reyes. El rey y la reina acabaron por renunciar al Milanésado, pero no quisieron á ningún precio que la Cerdeña se aprovechara de él, y exigieron una indemnización, nada ménos que la Toscana. Mientras Luis XV trataba de calmar á su tío y á su tía de España, la suerte de las armas había cambiado, y con la victoria el rey de Cerdeña cambió igualmente, según la hábil ya que no laudable política de su casa (1).

Otro reparto más, que no dió resultado, y no fué el último. Los que hubieran querido repartirse la monarquía austriaca, se veían á su vez amenazados de ser repartidos. Detengámonos un instante en aquella diplomacia tan fastidiosa como criminal. Dejemos á un lado el derecho; es casi profanar esta palabra sagrada el pronunciarla en negociaciones en que era desconocido y hollado á cada paso. Dirijámonos al interés de los que se habían coaligado para despojar á María Teresa. ¿Qué interés tenía la Francia en

(1) SCHOELL, *Curso de historia*, t. XXXVII, p. 330, 333.

ponerse á la cabeza de una liga contra la heredera de la casa de Austria?

## II.

Se lee en las Memorias de *Richelieu*: « Los partidarios de la guerra decían: La fuerza de la casa de Borbon depende de la division de la casa de Austria. Ahora que está extinguida, es llegado el momento de darle el *golpe de gracia* que deseaba aplicarle el cardenal de Richelieu. » « De este modo, añade *Voltaire*, se quitaba á la nueva casa de Austria-Lorena aquella superioridad que habia afectado la antigua sobre todos los demas potentados de Europa; se hacia más que se habian atrevido á esperar Enrique IV y Richelieu» (1). Los que en el siglo XVIII justificaban su ambicion con la política del gran cardenal, no reflexionaban que, desde la paz de Westfalia, la posicion de la casa de Austria habia cambiado completamente. Cuando Wallenstein llenaba el imperio con el terror de su nombre, cuando Fernando II consideraba á un elector como á un soldado sublevado, cuando el protestantismo amenazaba sucumbir en Alemania, se comprende que Richelieu y Gustavo Adolfo se hayan coaligado para salvar á la Europa del peligro de una monarquía universal. La paz de Westfalia libró al imperio del despotismo austriaco, y á la Europa del temor de la casa de Hapsburgo. Desde entónces la Francia fué la que se hizo potencia dominante. Fué precisa una coalicion europea para humillar el orgullo de Luis XIV. Los desastres del gran rey no quebrantaron el poder de la Francia. Bajo el punto de vista del equilibrio, la balanza se inclinaba siempre al lado de los Borbones. No faltaba á la Francia más que lo que ella llama sus fronteras naturales para reinar sobre el continente. Para alcanzar este objeto era inútil repartir la monarquía austriaca; una alianza, auxilios prestados á la jóven heredera de Carlos VI, hubieran extendido con más seguridad las fronteras de la Francia que no una guerra europea, que

(1) *Memorias de RICHELIEU*, t. VI, p. 160.—*VOLTAIRE*, *Siglo de Luis XV*, c. 6.

si hubiera dado la victoria á Luis XV, hubiera armado de nuevo á todos los príncipes contra los Borbones.

Esto es lo que Federico II no ha tenido en cuenta cuando aprobaba la política de Fleury: « Era muy verosímil, dice, que Luis XV hubiera sido el árbitro de los príncipes contendientes. Despues del papel que la Francia habia desempeñado en la paz de Westfalia, no podia desempeñar otro más bello ni más grande que éste » (1). Federico olvida que en la guerra de los Treinta años Richelieu tenía á su favor las simpatías de todos los príncipes á quienes asustaba el poder creciente de la casa de Austria: combatía por la libertad de la Europa contra la monarquía universal. Si hubiese tenido en el siglo XVIII un sucesor digno de él, la Francia se hubiera guardado bien de aventurarse en un camino en que, en el caso más favorable, debia esperar una paz de Westfalia hecha contra ella. Luis XIV acababa de probarlo; por haber querido dominar sobre la Europa habia estado á punto de perecer juntamente con la Francia. Un milagro lo habia salvado. ¿Era prudente correr los mismos peligros para llegar inevitablemente á la misma caída, y sin las mismas probabilidades de éxito?

Ciertamente parecia favorable la ocasion para realizar aquella monarquía universal que será el sueño de los reyes mientras dispongan como señores del destino de los pueblos. Los príncipes alemanes eran cómplices de la ambicion francesa. La España y una gran parte de Italia eran sus aliadas. Las Provincias Unidas estaban en decadencia. La Inglaterra, el único apoyo de María Teresa, ¿podia luchar contra todo el continente conjurado para la ruina de la casa de Austria? La coalicion sola bastaria, decia el mariscal de Belle-Isle, para hacer caer á la reina de Hungría; no habria ni áun necesidad de combatir: « Parece que la Providencia ha formado expresamente la situacion de la Europa y los intereses de las potencias para facilitar á la Casa de Francia los medios naturales é indispensables de engrandecerse, y para poner en sus manos los destinos de la Europa » (2). El aventurero ma-

(1) FEDERICO II, *Exámen del ensayo sobre las preocupaciones*. (Obras, t. IX, p. 144.)

(2) RANKE, *Preussische Geschichte*, t. II, p. 207 y sig.